

# LA PLICA DE BALBINO EL VIEJO

## *EL MANUSCRITO (I)*

### (Fragmento)

En el decurso del tiempo que estuve a cargo del médico Bernabé, le vi curar muchos enfermos y de todos los acomodados y suerte. Desde un comendador de Linares hasta sus apegados moriscos; y desde algunos casos cómicos y de risa, hasta otros muchos trágicos y luctuosos.

En mi recuerdo tengo muchos de éstos casos, mas fue el primero en el que ocasión tuve de ayudar y aprender. Tratábase el enfermo de un frailuco del convento de San Francisco, encargado de las compras de alimento en los mercados y de lengua mal enseñada, que se presentó en la casa maldiciendo, pues varias veces se había ya caído a causa de unos vahídos que desde días le venían persiguiendo.

—Todo sea según la voluntad de Dios. Pues si así quiere castigarme por mis pecados, amén. Mas, ¡rediós con la faena!, que esta vez me la ha jugado el condenado. Que habiendo comprado varias docenas de huevos en la abacería y llevándolos cargados hasta el carro, me vino otro de esos desmayos y fui a caerme al suelo y sobre los huevos, manchándome la sotana y tirando así un buen dinero.

—Venid, pater —le dijo Bernabé—. Sentaos en este taburete y tranquilizaos.

—Tranquilo estoy, hijo —contestó el cascarrabias—. Pues compunción siento por mis pecados y buen penitente soy. Mas ¡voto a Dios!, que estos mareos de seguro habrán de llevarme al infierno antes de cuenta. Pues cada vez que caigo, siento un dolor terebrante por mi cuerpo todo que parece va a acabar conmigo.

Se sentó por fin y Bernabé se dispuso a reconocerle. Le hizo abrir los ojos más de lo normal y le dijo que mirara hacia un lado y hacia el otro.

—Cerrad ahora los ojos, pater, y decidme si sentís mareo aunque sea leve.

—No, que no siento nada.

—Abrid la boca y sacad la lengua.

De esta forma lo hizo el franciscano y entonces le metió un metal el médico para mejor verle el gaxate. Buscó y rebuscó de este modo, mas por tenerle la nariz cogida con la otra mano no le dejaba respirar al impenitente monje, por lo que pronto le vi gesticulando sin orden, con un color como violado en la cara toda y dando unos

ronquidos como los de un cerdo en la matanza. Al fin se dio cuenta Bernabé de lo que pasaba y dejó de hurgarle.

—¡Por todos los demonios! ¿Acaso pretendéis asfixiarme?

—No, pater. Que os miraba los conductos.

—¿Qué conductos ni conducta es ésta! ¿Qué tiene que ver mi garganta y boca con los descalabros que llevo a causa de los vahídos?

—Mucho, pater. Pues debéis saber que vuestros oídos, nariz y boca se juntan todos en el mismo conducto y algo de ello tiene que ver con los mareos sin causa aparente.

—¿Qué decís, hereje? —chilló el franciscano, levantándose de su asiento—. Mis sentidos no llegan a juntarse nunca dentro de mi cabeza. Pues bien me parió mi madre y para oler huelo por la nariz y no por la boca. Sólo los monstruos deformes tienen de esas cosas.

Trató de explicarle mi amo, mas el pater se sentía agraviado y le gritaba y no le dejaba hablar. Decía que cosas eran esas del diablo y que los vahídos nada tenían que ver con su cabeza y demás fruslerías. Mas por fin se calmó y accedió a que el médico volviera a reconocerle. Esta vez le hizo ponerse en pie y con los ojos cerrados.

—Los pies bien juntos debéis tener, pater. Cerrad los ojos y dejad caer los brazos sobre los costados.

Así lo hizo durante un momento, mas cuando Bernabé le preguntó si mareo alguno sentía, le respondió cayéndose como fulminado al suelo y dándose tal testarazo con el quicio de la puerta en la cabeza que a poco si por aquella vez peor fue el remedio que la enfermedad.

El frailuco se enfureció cuando volvió a su acuerdo e interminable sería ahora contarle a v.m. todas las maldiciones e improperios que le dijo a mi amo, mientras yo le lavaba la brecha que se había hecho.

Marchó al fin el franciscano, irritado y sin récipe. Mas pocos días después me dijo mi amo que, habiéndolo atendido en una calleja por donde él paseaba y por haberle vuelto a dar otro vahído al pater, descubrió por fin el motivo de éstos. Resultó, según me contó, que el muy pécoro había sido descubierto por el prior en varias ocasiones haciendo obras solitarias que iban contra el voto de castidad y, por ser timorato, y por haberle obligado a ello el prior, tuvo que ponerse unos cilicios entrepernados que, además de librarle de tan sucios pensamientos y tentaciones, le ocasionaron tales heridas en los muslos y tan profundas, que ya no se las sentía; mas cada vez que se

rozaban éstos, le daba un ramalazo de dolor tan fuerte por su cuerpo todo, que hasta el acuerdo le hacía perder.

—Pierden el tiempo e industria haciendo tales utensilios endemoniados y causándose con ellos tantos dolores —me decía mi amo cuando recordábamos aquel hecho— como si poco fuera el dolor y el sufrimiento que ya existe en el mundo.

© **Gerardo Muñoz Lorente**